

Reeves, Richard. **The Reagan Detour**. Simón & Schuster, Nueva York, 1985, 134 pp.

En 1984 todo se iba adecuando en función del gran momento en el *Summer Olympics* de Los Angeles; todo se disponía según el ritual del *show-business*. El personaje no era Sylvester Stallone ni Madonna pero el lugar estaba rebosante o desbordado o como le nombren a aquel término que indica la masificación portentosa de un espacio. Y en el uso de la palabra del acto multitudinario del Partido Republicano, el presidente Ronald Reagan. Su estilo le debía mucho a las bellas artes, para ser preciso al cine. Movía mecánicamente la mano izquierda y actuaba cada frase; su gesticulación era por momentos ajena a su discurso pero no a la influencia del despecho sobre los ademanes de la ideología. Las palabras del mandatario estadounidense eran seguras y tradiciona-

les: si el mundo marchaba hacia el comunismo, asumiría los valores de la democracia con fervor auténtico de guerra santa. Seguiría recobrando las dimensiones de la confianza interna, desgastada y enmohecida por las administraciones demócratas. Para ello, él profundizaría la batalla contra todos aquellos que hasta entonces habían renegado del *american way of life*.

La confianza de las multitudes era conmovedora, los aplausos no serían respuesta instintiva, sino la docilidad que seguía y memorizaba los éxitos de Reagan en política interna, fundamentalmente, así como en... ¡la televisión! En efecto, como recuerda Richard Reeves en *The Reagan Detour*, el septuagenario presidente de Estados Unidos vivió, por muchos años, de la llamada industria de los animadores, ya que representó a la General Electric Company en las pantallas chicas y en "apariciones por todo el país de 1956 a 1965". De ahí que le haya sido relativamente fácil el convertirse en el comunicador de una nueva industria: "una industria de ideas conservadoras" (p. 23).

En parte como escarnio, tanto como para explicar su éxito, hablaron de Reagan —puntualiza Reeves— como "el gran comunicador". Pero también se le puede calificar de "gran receptor" en virtud de que, antes de tomar el micrófono, siempre supo captar el ánimo prevaleciente en su país. "Un tiempo para el nacionalismo, un tiempo para el populismo". Al atender estas inquietudes, el actual huésped de la Casa Blanca entró en los corazones de los estadounidenses. De acuerdo al autor, gran parte del genio político de Reagan ha consistido en percibir que era lo que más importaba para Estados Unidos en esta fase de su historia: que la aventura estadounidense no había muerto, que sólo pedía a gritos ser reiniciada y que el todopoderoso potencial de la nación daba de nuevo una oportunidad a los herederos de los *pilgrims*.

Para Reeves, la intuición de Reagan consistió en adivinar qué podría reconciliar a su pueblo con aquella institución que había resultado más dañada por la guerra de Vietnam: una presidencia con ideas políticas, las ideas del "individualismo" y del "americanismo". "Durante años, explica Reeves, los republicanos han tendido a vincular el individualismo americano con las libertades económicas, mientras que para los demócratas aquél ha parecido significar libertades sociales y culturales. "Laissez-faire versus live-and-let-live". Reagan logró desempolvar con astucia tal debate y con ello tocó una de las fibras políticas más sensibles de los estadounidenses. Además, lo hizo utilizando todos los recursos del *show-business*. Una firma que hace los comerciales de la Pepsi-Cola realizó un *video-clip* de Reagan en campaña que Reeves no duda en definir como una "película verdaderamente republicana", la cual, proyecta —teniendo como marco musical la canción teñida de chovinismo: *Proud to be american*— una "visión disciplinada de América y de la vida americana" (p. 75).

Con estos y otros recursos la reelección del presidente Reagan se registró por un margen abrumador, consolidándose así las tendencias conservadoras en Estados

Unidos. El lenguaje de las urnas fue claro: los estadounidenses deseaban otra vez al hombre que había recuperado la economía con logros como el sostenido crecimiento de ésta (2.7% en el último trimestre de 1984, y bajos índices de precios al consumidor (4%) y también de desempleo (7.4%). Los valores tradicionales de la nación estadounidense se renovaban y los jóvenes encontraban respuestas en las creencias de sus abuelos. Dios, Patria y Familia inspiraban a las nuevas generaciones.

Como apunta Reeves, es una falacia pensar que Reagan no representaba la genuina voluntad del pueblo estadounidense o el corazón del poder político de Washington. Su reelección significó la plena confirmación de una corriente política que había estado inclinando la balanza de poder político en el vecino país hacia el llamado "paradigma neoconservador" el cual afirma, entre otras cosas, que las transformaciones monopolistas del capitalismo representan hechos consumados e irreversibles. La contraparte ideológica de este paradigma y su reflejo en la política exterior ha sido un anticomunismo a ultranza, y el intento por afianzar un liderazgo sobre el bloque occidental.

En tal sentido, fue innegable la influencia de la sólida plataforma ideológica republicana sobre el electorado estadounidense, en la que las banderas del "americanismo" y del "individualismo" prendieron espectacularmente. Así, el éxito de la fórmula republicana fue el resultado de una combinación de factores que incluyeron la consolidación de la tendencia reactivadora de la economía estadounidense, las efectivas habilidades del mandatario neoconservador en materia de comunicación, y una campaña maestra que supo explotar los valores tradicionales. "La fe americana, el optimismo y el sentido común no fueron inventados por Ronald Reagan", observa Reeves, pero se sirvió de ellos para manipular a sus compatriotas, e indicarles el "camino de su felicidad". De este modo, el autor compara a Reagan con Franklin D. Roosevelt, aunque argumenta que el reaganismo ha fallado y que en lugar de restaurar verdaderamente la fe de los estadounidenses en ellos mismos y en su capacidad de autogobierno, lo que ha hecho es desmovilizar a la sociedad civil. Por ello, Reeves afirma que "los años de Reagan serán recordados como pasos hacia atrás en el largo camino americano de la democratización liberal".

Así, el hombre de mayor edad en ejercer la presidencia en Estados Unidos, que llevó una mediocre carrera cinematográfica, que superó dos intentos fallidos a la presidencia y un atentado contra su vida, se dispone a entrar en la historia como el mandatario que preparó el camino para una involución autoritaria. La incógnita ahora es saber si el próximo presidente estadounidense tiene en mente culminar dicho sendero.

Citando al ex-líder de la mayoría republicana del Senado, Howard Baker (de Tennessee), quien dijo con derroche de oportunismo: "Nadie, excepto su esposa, cuida más la salud de Reagan que yo", Reeves advierte

que los sismos de la sucesión se dejaron sentir en Estados Unidos al día siguiente de la reelección de Reagan. Aparte de Baker, Jack Kemp, Robert Dole y George Bush aspiran al capelo cardenalicio. En el caso de este último, la identidad de principios neoconservadores y la mutua simpatía que se dispensan entre sí parecen indicar que a nadie le gustaría señalar más a Reagan que a Bush. Sería tanto como su prolongación ideológica, el sello definitivo de su "revolución". Reeves dice que los liberales están obligados ahora a responder con ideas frescas y vibrantes.

Lo que convierte a *The Reagan Detour* en una obra singular es su equilibrio. No es un producto encaminado a elogiar las virtudes de los demócratas. Realiza severas críticas a las actividades políticas de Mondale, Hart, Cuomo y Biden. No se pronuncia por ninguno de ellos, aspira a que los liberales restauren la legitimidad histórica de la democracia estadounidense. Quizá tal madurez política refleje la variada y distinguida carrera del autor: colaborador de *The New Yorker* y de *The New York Times*, ha publicado: *Passage to Peshawar* y *American Journey: Traveling with Tocqueville in Search of Democracy in America*; y ha obtenido los siguientes premios de la televisión: *Emmy* (1980), el *Columbia-Dupont Award* (1984) y *The George Foster Peabody Award* (1984).

Manuel Morán Rufino